



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376

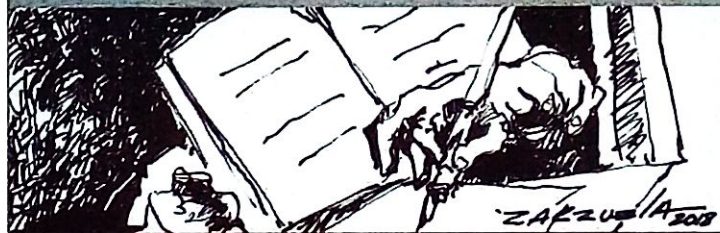
Cada día estoy comprendiendo más angustiosamente, que lo que más urge en nuestro pueblo es despertarlo a la vida de la cultura, crear la vida espiritual de la nación. No por la guerra ni por la riqueza minera ni otros bienes materiales, hemos de ser una gran nación, si en medio de una cartaginesa opulencia, no hay espíritu. Tenemos acaso desde el lado material, elementos para ser lo que debemos, e imperativamente tenemos que ser, si no queremos ser postergados por las naciones hermanas del continente, con peligro de ser colonizados, una gran nación, una potencia. Pero nada podremos hacer si con todos los bienes físicos, nos falta lo esencial, espíritu.

Carlos Medina Celi. Sucre, 1898 - La Paz, 1949

Unión Nacional de Poetas y Escritores
Cochabamba

Centenario de Gesta Bárbara

Cincuentenario de UNPE
Cochabamba



2017-2018

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXV n° 652 Oruro, domingo 20 de mayo de 2018

FUNDACION
ZOFRO
CULTURAL



El amor

El amor no es para Pascal un estado emocional, no es un valor ni solo una forma de expresión del espíritu. Pertenece a la más íntima y profunda realidad del ser humano. Es su centro existencial, la fuente más profunda de su capacidad de comprender y la última raíz de sus decisiones y que por lo mismo está más allá no solamente de los apetitos sino también de la razón y de la lógica. Es conocimiento y es acción.

Guillermo Francovich en: *Ensayos pascalianos*.

La impronta de UNPE Cochabamba

Presentación del libro "Centenario de Gesta Bárbara - Cincuentenario de UNPE Cochabamba" por el Académico de la Lengua, Luis Urquieta Molleda

La Unión Nacional de Poetas y Escritores de Cochabamba ha preparado un acto para dejar evidencia pública de dos acontecimientos de significación en las letras nacionales: por una parte, la edición de un libro como tributo al centenario del movimiento generacional más representativo de la literatura que nació en Potosí, en junio de 1918 con el eufónico y vigoroso nombre de *Gesta Bárbara*, y destacar los *Cincuenta años de UNPE Cochabamba* que, en las postrimerías de la década de los sesenta del siglo pasado emergió gratificante como organización colegiada dispuesta a estimular las subyacentes facetas de la creación literaria. Por otra parte, la UNPE, por conducto de su presidente Eliseo Bilbao, ha tenido el privilegio de saludar por primera vez el *Día Nacional de la Escritora y el Escritor Boliviano*.

Abordaré brevemente lo que concierne al libro.

Los acontecimientos en la literatura así como en la historia, son la sucesión de hitos señeros, cuyo cauce, andando el tiempo, recogen las generaciones como patrimonio y legado de valía, hasta adquirir la categoría de tradición cultural.

Jaurés, orador socialista francés que vivió intensamente los avatares de la política hasta principios del siglo XX, dejó marcado su pensamiento sobre la tradición cuando dijo: "*El culto a la tradición no está en conservar sus cenizas sino en mantener la llama*".

Es esto lo que la Unión se ha propuesto con la divulgación del libro: contribuir de modo patente a mantener viva la llama de los fastos de *Gesta Bárbara*, también inscribir reverentes el surgimiento y desarrollo institucional de la Unión Nacional de Poetas y Escritores de Cochabamba.

A este fin, cada uno de sus miembros ha aportado con la escritura de su preferencia dando cima al volumen que rinde su homenaje a sucesos tan faustos.

El libro, como vehículo de propagación cultural, exalta a los autores para su perennidad en el marco de las letras bolivianas. La obra está dividida en tres partes.

La primera, dedica a *Gesta Bárbara* cinco trabajos relevantes gracias a la acucia con que cada autor ha reproducido la historia de *los bárbaros* desde sus orígenes en Potosí y su ramificación en el país. Hay que augurar que la gesta literaria, por tratarse de un grito generacional penetrante, será siempre una referencia de evocación.

La segunda parte trata de la evolución histórica de la Unión Nacional de Poetas y Escritores de Cochabamba en medio siglo de vida activa, con una sucesión de actores donde el eje central es la labor itinerante de escritores que convirtieron su quehacer literario en oficio de vida. Seguidamente se encuentra la mención selectiva de personalidades literarias que impactaron dejando indelebles recuerdos con sus creaciones. En este cuerpo han sido tres escritoras que se prodigaron con sus finas evocaciones.

La tercera y última sección reafirma la saludable vigencia de los anuarios antológicos que, como razón de ser de la entidad, es la continuación de las precedentes que tuvieron la virtud de documentar el trabajo periódico de los escritores. Esta parte acusa escritos ordenados conforme a su género, en poesía, narrativa y ensayo, con un despliegue inusitado de los emisarios de la palabra como signo de profusa creatividad.

En suma, para la materialización del presente libro, han dejado su impronta 17 autores con 47 trabajos. Es ésta la comunidad intelectual ligada a UNPE Cochabamba dispuesta para continuar con el ejercicio de la riqueza creativa.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julio garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 6276816-5288500
elduendo@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaonline.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no sollicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Las teorías postcoloniales y sus representantes orientales

H. C. F. Mansilla

Al comienzo mismo de la corriente post-modernista, en 1978, apareció la obra más importante de Edward W. Said (Jerusalén / Palestina 1935 - New York 2003), quien con el tiempo se ha convertido en el padre de los estudios postcoloniales y subalternos. Su obra principal, *Orientalismo*, es un libro sugerente, con temáticas muy importantes y con una perspectiva ciertamente original. El notable mérito de Said reside en analizar de modo novedoso el complejo vínculo entre el saber académico y el poder político: el conocimiento científico y literario de las culturas ajenas habría preparado la ocupación y conquista de las mismas por las potencias europeas. Los orientalistas occidentales construyen, de acuerdo a Said, una imagen invariable del Oriente y de sus habitantes como si fuesen lo Otro por excelencia con respecto a lo europeo. Contra los estudios orientalistas de su tiempo, Said tuvo la valentía de afirmar que ese Otro se manifestaba invariablemente como portador de una dignidad ontológica inferior: un modelo civilizatorio estático, conservador, despótico, atrasado, patriarcal e informal. El ámbito oriental es visto por los occidentales, según Said, como una pretendida unidad monolítica que no conoce el progreso histórico, que no puede definirse o analizarse a sí misma y que representa un peligro para el resto del planeta.

Pero, como lo admiten autores muy favorables a su teoría, Said ha producido al mismo tiempo generalizaciones insostenibles y contradicciones notorias. Estas carencias no pueden ser exculpadas mediante los argumentos habituales de proveniencia postmodernista: las incongruencias del propio texto constituirían los factores indispensables del progreso intelectual; la coherencia argumentativa debería ser vista como un aspecto superable de la cultura "burguesa e imperialista". *Orientalismo* es un libro estructurado caóticamente, inexacto y difuso, que contiene largos pasajes filológicos que son prescindibles para la finalidad de la obra. Muy a tono con las tendencias relativistas que recién empezaban, Said declaró enfáticamente que no hay verdades en sentido absoluto y que todo enunciado está permeado por el habla y la cultura del contexto. El pensar sería solamente la formulación de metáforas y metonimias, afirmó Said citando a Friedrich Nietzsche de forma entusiasta. Pero inmediatamente después Said prosigue con declaraciones generales de naturaleza dramática y no relativizadas por un sentido común crítico, al aseverar que todo lo que dijeron los occidentales de los siglos XIX y XX sobre el Oriente tendría necesariamente un carácter racista, imperialista y etnocéntrico y que el orientalismo académico se agotaría en agresiones y en una vana pretensión de verdad. Detrás de toda actividad académica Said sospechaba un grosero interés material y político, un ansia perenne de dominación.

De manera paradójica y, en el fondo, permaneciendo fiel a una cultura básicamente autoritaria y poco afectada a la investigación científica —la musulmana de su infancia—, Said no se imaginó que puede haber una curiosidad científica como la concibió Aristóteles en cuanto cualidad innata del ser humano. Así por ejemplo a Said la preocupación por un modelo civilizatorio que no es el propio, como es usual en el ámbito universitario y académico occidental, le pareció sospecho-

sa porque podía esconder un anhelo de dominación. Como se desprende de la totalidad de la obra de Said, la indagación sistemática con intención crítica en el campo de las ciencias sociales era algo relativamente extraño al núcleo convencional de su pensamiento. En este sentido es sintomático que Said rechazara vehementemente todo análisis de la cultura política cotidiana del mundo musulmán, toda descripción de los códigos paralelos de conducta que allí son habituales y toda alusión a las dificultades que los propios habitantes de estas tierras sufrían y sufren a causa de la irracionalidad de muchos aspectos de la vida diaria, como la falta del Estado de derecho y la débil posición de los individuos frente a los poderes fácticos, casi siempre imprevisibles y a menudo despóticos. Como a todo espíritu conservador, le molestaba que los "extranjeros" criticaran los fenómenos recurrentes de la realidad cotidiana de su ámbito de origen. En resumen no se dio cuenta de las consecuencias de todo tipo que se daban y se dan hasta hoy en el mundo islámico por la falta de un análisis crítico-científico de la propia identidad social.

Para ilustrar los detalles engorrosos de *Orientalismo* se puede mencionar una gran obra literaria analizada por Edward W. Said. A mediados del siglo XIX Gérard de Nerval publicó su crónica del Oriente musulmán, que es un intento literario de comprender lo Otro, lo diametralmente distinto a la cultura occidental. Este esfuerzo no estuvo teñido por el propósito de denigrar la civilización islámica o de despreciar la cultura de los países árabes que Nerval visitó, sino que se inspiró en el anhelo de entender lo Otro y dar cuenta de ello de forma objetiva e imparcial, en la medida en que la literatura lo puede permitir. Nerval quería hacer justicia a ese mundo tan diferente del propio. El ambiente que describe es deslumbrante y seductor y, al mismo tiempo, monstruoso e inhumano. Es ciertamente lo Otro por excelencia, fascinante y desafiante, lleno de aventuras y curiosidades inesperadas, pero también un ámbito de una pobreza indescriptible, lleno de injusticias y discriminaciones inaceptables, relacionadas sobre todo con las mujeres y los esclavos. Para Said la poligamia y la posición subalterna de las mujeres en el ámbito musulmán representarían cuestiones "triviales". Y uno de los factores más detestables, como lo insinúa Gérard de Nerval, es la justificación de ese estado de cosas mediante la religión, la tradición y la historia, es decir acudiendo al argumento del carácter único e irreductible de las diferencias identificatorias. Esta es también la estrategia recurrente de los estudios postcoloniales y subalternos. El gran proble-



ma y carencia de las teorías postcoloniales debe ser visto en la justificación de los ya mencionados aspectos criticables del área islámica y de los otros regímenes civilizatorios del Tercer Mundo por medio de las diferencias identificatorias, como ya lo hemos vislumbrado al mencionar a Gérard de Nerval. Se puede decir que son enfoques que invierten el eurocentrismo superficialmente y que no contribuyen a comprender mejor las complejas y cambiantes estructuras internas de los países y la configuración de la vida cotidiana en los países del Tercer Mundo.

Para entender mejor la constelación contemporánea, por ejemplo en el ámbito islámico, hay que acudir a estudios fundamentados empíricamente. De acuerdo al erudito sirio Bassam Tibi, muchos aspectos de la vida diaria en la mayoría de las sociedades que conforman el área musulmana —el tratamiento de las mujeres y de las minorías, las prácticas políticas habituales y el funcionamiento efectivo de las administraciones públicas— no son sólo modelos distintos del europeo occidental, sino sistemas de ordenamiento social que denotan un urealismo petrificado, un legado autoritario preservado intencionalmente y un nivel organizativo que ha quedado sobrepasado por el decurso histórico modernizante. No hay duda, por otra parte, de que los elementos centrales de esa tradición brindan seguridad emocional, un sentido bien establecido de pertenencia colectiva y, por consiguiente, una identidad social relativamente sólida. Y por todo ello estos factores son aceptados gustosamente y estimados en alto grado por una porción muy importante de la población en casi todos los países islámicos.

En todos estos enfoques, situados en el terreno de los estudios postcoloniales, se pueden detectar cinco carencias principales: (1) la incapacidad de autocrítica; (2) la aceptación tácita de los elementos autoritarios y anacrónicos de la propia cultura porque es el legado de valores que uno mismo ha recibido ("el lugar de enunciación"); (3) el uso instrumental, demasiado evidente, del relativismo postmodernista, porque este último sirve extraordinariamente bien —con un toque de actualidad y científicidad— a las metas de enaltecer la posición político-cultural de las naciones del Tercer Mundo y, al mismo tiempo, de diluir y hasta menospreciar los logros científicos, democráticos y organizativos de Europa occidental; (4) la preservación de una visión romántica y edulcorada acerca del propio pasado y de los regímenes autoritarios (populistas y socialistas) que *prima facie* parecen construir una alternativa al "capitalismo imperialista"; y (5) el cultivo de formas confusas y barrocas de exposición, junto con contenidos teóricos que a la postre se mues-

tran como modestos o insignificantes. Estos factores aseguran paradójicamente la popularidad de estos enfoques en el mundo académico latinoamericano.

El tratamiento relativista de los derechos humanos tiene uno de sus mejores exponentes en Mahmoud Bassiouni, quien ha combinado modelos muy avanzados de teoría post-modernista con la erudición de los expertos tradicionales en derecho islámico. Para Bassiouni cada orden cultural posee sus propios derechos humanos y su propia tradición, religiosa y secular, referida a estos derechos. Su tesis principal es muy popular en el mundo académico contemporáneo: los derechos humanos deben ser "redefinidos" por el legado intelectual de cada modelo civilizatorio e integrados, por ejemplo, al derecho islámico clásico, en cuyo marco recién tendrían significación efectiva. Por un lado se "respetan" la tradición occidental de los derechos humanos, pero estos últimos tienen vigencia práctica sólo si se los interpreta en el seno de los principales saberes jurídicos y políticos del Islam. Bassiouni, pese al despliegue de su imponente aparato crítico e histórico, se basa en el principio conservador por excelencia que ha desarrollado la convención islámica clásica sobre este punto: todos los derechos provienen directamente de la voluntad de Dios; su vigencia está asegurada por este origen divino, que en la mayoría de los casos hace superflua una regulación constitucional o legal, ya que esta sería redundante. Medidas provenientes de parlamentos, gobiernos e instituciones para la protección e implementación de los derechos son vistas como secundarias y a veces como innecesarias.

Bassiouni asevera inequívocamente que los derechos humanos representan una construcción social de la civilización occidental, que no puede pretender universalidad porque se originó como "reacción" a amenazas que una sociedad determinada experimentó en el seno de una historia particular. Por ello habrían muy diferentes concepciones de derechos humanos en el planeta, y ninguna de estas concepciones, por lógica, podría pretender una validez universal. Todas estas aseveraciones, por más eufónicas que suenen, predisponen a una estrategia de dilución de los derechos humanos, que ya no tendrían una vigencia irrestricta como pilar de la identidad humana, sino sólo una validez relativa como parte de un todo mayor consagrado a obtener la satisfacción de las necesidades. Bassiouni afirma con un triunfalismo equivocado que la discusión internacional en las Naciones Unidas y en otros organismos no se ocupa preferentemente de los derechos humanos, sino de otros problemas más importantes, como la repartición adecuada de la riqueza social o la consecución de la justicia social en el comercio internacional.

* Hugo Celso Felipe Mansilla.
Doctor en Filosofía.
Académico de la Lengua.

Piezas del tonto

Leonel Arance entrevista a Reynaldo Jiménez (Perú, 1959) acerca de los periplos que le llevaron a publicar su poemario "Piezas del tonto" junto a los de la poeta argentina Liliana Ponce, Colección "Ojo de Tormenta" (2016)



Reynaldo Jiménez



¿Cómo y por qué nace *Piezas del tonto*?

Se trataría de estírar o entrecortar unos precarios monólogos, a manera de partituras analógicas para la (lectora) voz. Animaciones verbales con un cuasi personajillo "emisor", su transmisión de translocutado: el hombre-sandwich. El ciclo surgió "sin solución de continuidad" tras la escritura de otro libro, *Antemano*, con una irregularidad bien diferente y no como un desprendimiento suyo. Casi no descarté material a la hora de cerrarlo, y aunque hago mucha relectura y dejo a los textiles "reposar", estos aparecieron de un tirón (no es la primera vez que me pasa: la segunda parte de *Antemano* es un extenso poema titulado "Strata" que se fue escribiendo de esa manera durante algunas semanas, sólo que, me parece, en otra respiratoria). *Piezas...* va por la vertiente de una especie de dictado, es de los que se le imponen a uno sin dejar demasiado margen para interpelarle alguna que otra razón de ser. El hombre-sandwich, era generalmente un chico o un tipo muy joven, su trabajo consistía en caminar las colapsadas calles de ciertas metrópolis de hace más o menos cien años portando un cartel publicitario delante y otro detrás. Se me cruza la imagen con Dadá, y en cierto sentido, por ahí *Piezas...*, salvando todas las distancias, claro, se relaciona en cierto modo con la lírica burlesca de Arp, cuyas canciones abstractas me fascinaron tanto como su obra visual-escultórica, sobre todo sus relieves ligeramente líquenes o musgos. En este momento vale acordarse de Federico Peralta Ramos (aunque no lo tuviera a mano a la hora de escribir): "Hombre sandwich, tu oficio es muy peligroso, muy peligroso y provocativo. Un día de estos algún muerto de hambre, un canibal urbano, que cada vez son más, se dará cuenta de tu presencia, y ahí mismo sin más te querrá devorar..."

¿Qué une este libro a los anteriores (y con los que vendrán)?

Tiendo a suponer que uno escribe capí-

tulos de una especie de inscripción de tratos con el lenguaje, y esto hasta la deformidad, quizá, persiguiendo el manatí-sirena de una reminiscencia, de un reverbero de misterio –aun si, como en el caso de *Piezas...*, se abuse de lo irrisorio– en el entre tomasolado y en claroscuro de varios mundos. Debido a las características de gestación recién mencionadas, a lo

mejor *Piezas...* se despegó algo de otros libritos más fieles a la idea de *patchwork* (aunque la variación interna de pautas rítmicas o diagramáticas pudieran sugerir lo contrario). Eso en cuanto a la articulación, o sea aquello que medianamente se constataría en el índice, digamos. Pero no es menos cierto que cada libro se me aparece en tanto tal en cuanto empieza a

hacerse relevante su vibración, esa cosa intrínseca que arrebató la entonación –una variable del tono– en torno a un asunto liso de proceder, más acá del probable interés relativo a "temas y contenidos".

¿Pensó su producción alineada bajo alguna determinada corriente estética?

El apetito se me hace abarcante. Escribo para despensar los términos. Lo más preciso tiende a seguir abierto. En última instancia, me gusta darme al molinillo mestizo, busco la emergencia indefectible con el molusco por crechcha, desmentido de magnitudes y mensuras hasta el caracá, cinturón de anguilas y anteojos de pulpo, con plancton en la boca... El hombre-sandwich es el hombre-rana que mi hija Clara vio salir del bravo mar en una playa del Perú cuando era chiquita: le dije mirá el hombre-rana y ella vio el mixto encarnado, la mutación intermedial que la palabra decía. Es por este andarivel que el canto de inocencia completa, como en Blake, el de experiencia. (Frip: la experiencia amplia el campo de inocencia.)

¿Por qué escribís y por qué escribir?

No tengo un motivo ni razones, escribo con conciencia e intención de hacerlo desde los trece años pero disfruto encontrar poesía, para leerla o no, no sé desde cuándo. Y más bien releo y desescribo. Con el tiempo uno deja de estar pendiente de los recursos formales e intenta decir de nuevo eso que ya no es lo mismo: la salvedad es el matiz. El matiz genera permutaciones, fibras a seguir, las que van enhebrando algo así como un paisaje de conjunto. Escribir sería toda la intención. Escribir es una *práctica* como cualquier otra. Recuerdo eso de "un color junto a otro, a ver qué pasa", palabras más palabras menos, que dijo la Kahlo. Pero mejor me callo.

[no me preocuparía tanto]

Reynaldo Jiménez

no me preocuparía tanto por el sabor del milagro acaso tras la puerta esté el osario escuchando con rosario de cuentas que nunca habrán terminado ni cuando el tiempo anihilado muy otro desocupe diría en cambio que el sucedáneo el reemplazante no pasan de un daño en el parlante y sin embargo por donde pasan los años para fumarse como por un caño el durante el continente el entre el antes es sorprendente que me crezcan estos cuernos de ciervo por lo pronto en los cien universos paralelos ni uno que aparezca cual un cuervo entero en el sendero de viento al entonararlo saciar sin fin la estepa del deseo arisco llenar no se llena nunca enero a enero cómo hacer agujeros con el esplendor si sordo un sortilegio surte a lo lejos no habría cómo al milagro hurtarle cuerpo hacerse ancla anzuelo desconuelo hasta contra el suelo dar ni una puerta abría el eco nunca consigo se encuentra y gasta cuero el zapato hace rato rasca el tímpano aquella Inocencia indiferencia rodea al gran paso y al pequeño ese lapso entre dos lados como gnto merodea pero no veas el tajo en el filamento no creas que hay firmamentos fuera del cielo sólo escucha la sangre hace rato despierta el tímpano rasca la más pura indiferencia que inocente ya es do cuajo agonía cardumen de alegrías en rama voltaje delta que se desplaza pescado te saca inicio de la red udónde los pasos amigos esta noche sin contrapeso que ampare el mirar arrancado este párpado para que sin darse cuenta otra pupila siga escuchando

Plumadas

* Claudio Peñaranda

Yo no sé si lo he leído, o no sé si ha brotado como amarga flor de espuma en un mar de congoja, de mi inmenso dolor de esta hora... Yo no sé si será necia la literatura o grito de corazón que se desgarró... Yo no sé nada...

¿Nada? Cómo no. Sé que es un cuento, un cuento triste y breve, de esos que no dicen gran cosa o dicen mucho. Y el cuento es así:

Era un hombre bueno. Por lo menos él creía que lo era. Tenía para probarlo la credencial de su alma dulce, donde todo infortunio encontraba eco, donde toda desgracia tenía un rinconcito de amparo para consolarlo, donde hasta las odiosas visiones de la mala gente sonreían...

Cada vez que desaparecía un artista, un ser generoso y alto, un ser noble y útil, un patriota, un bienhechor, un luchador sincero, un púgil del talento, el pobre hombre lloraba... Se enternecía de veras. Era como si cada peregrino tumbado en el sendero fuera su hermano...

Hasta que un día pasó por su casa un viejo de faz tostada por todos los soles, de mirada profunda como un pozo, de cabeza nevada por inúmeros inviernos, sabio en dolor y desconfiado del contento. Y el viejo le dijo:

—Mal destino tienen. Tanto has llorado por todos, que ya no podrás arrancar a tus ojos una lágrima cuando muera tu madre...

Lo triste es que esa simbólica conseja tiene hoy una realidad.

Yo que he derrochado mis flores de ternura, yo que he hecho de mi alma una lira fácil a vibrar al son de los duelos ajenos, yo que he extraído de las honduras del espíritu manantiales de efusiones y cariños, yo que he puesto en la punta de la pluma, tantas veces, la negrura palpitante de una pena por las pesadumbres extrañas, no sé qué decir ahora al haber caído a la tumba el hombre a quien más he querido y respetado en la vida.

Porque ese ser de excepción, ese arquetipo de hidalguía, ese buen caballero de mejores tiempos, retrasado con luegros años en el correr de los días para existir en esta época de positivismo y vulgaridades, merecía todos los homenajes y todos los afectos.

Era generoso como Nuestro Señor Don Quijote, tenía el espíritu templado en fuego de nativas valentías como Bayardo, era compasivo y sensitivo como el dulce Santo de Asís.

Era como un león que se enternecía ante el llanto de un niño. Tenía alma de acero y corazón de oro.

Yo, que he visto enresparse de coraje la blancura heroica de sus bigotes de soldado, he visto también cómo temblaban de emoción al recibir la lágrima amiga que surcaba la mejilla marfileña.

Los que le odiaban, los que le temían, los que le miraban como a un ogro iracundo y feroz, no sabían qué tesoros de nobleza, de bondad exquisita, guardaba el corazón bravo del nieto ilustre de aquel Pancho López que salvó la vida al Mariscal de Ayacucho.

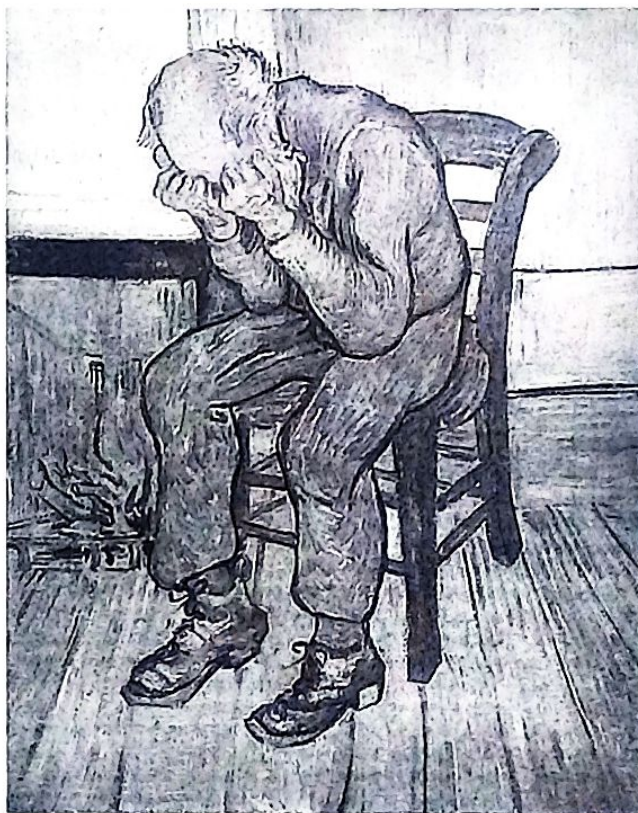
Nítida, clara, inolvidable, se destaca en mi memoria, por encima del dolor que desvela en nerviosos balbuceos mi serena costumbre de escribir, la figura insigne de don Julio Lafaye. Fue en las horas terminales de la revolución, al poco tiempo de que el viejo luchador perdió en las barricadas de Cochabamba a su hijo mayor, aguerrido y joven como un capitán aristócrata de la Vendée.

Fue en esos días de luctuosas revanchas, de explosiones bárbaras del sentimiento colectivo. En la mañana del glorioso día de Mayo, por una equivocación lamentable o una insinuación criminal, un militar débil e indefenso fue arrastrado por nuestras calles en manos de una plebe enfurecida...

Desde el montón de muchachos que seguía y alentaba la salvaje hazaña, yo le oí más que el populacho porque había pisado el escudo de la patria y, sin embargo, tenía el cinismo de apellidar como yo.

¡Por mí que lo lincharán!

Mayormente, tanto más si la tropa de su mando se alebrotó ante las primeras pedradas y no había quien lo defendiera. De tumbo en tumbo, el comandante infeliz, en cuyo rostro ensangrentado se veía el pavor más grande, fue llevado exán-



me a la botica fronteriza a la catedral. En la esquina se apiñó la enardecida muchedumbre, jadeante, hambrienta de matar... y se levantó un hombre alto, muy pálido, de apostura gallarda, de bigote curo, que cerrando el imperativo rotundo del entrecejo, con voz enronquecida por la indignación, insultó al populacho, le llamó cobarde, le habló de que nadie puede hacerse justicia con las propias manos; evocó la cultura de la ciudad histórica, interrumpió con gesto de amo los gritos destemplados...

No había un soldado a su vera.

—¡Le van a matar!—decía mi inquietud trémula de niño.

Sólo que el populacho, aturldo, sugestionado, dominado, arrepetido, a la orden enérgica de la misma voz varonil, se dispersó y se alejó en silencio...

Entonces comprendí lo que era un gran carácter y sentí hasta lo más profundo de las entrañas el escalofrío de la admiración y del respeto. Y ese viejo blanco y apuesto, cuya figura erecta se delineaba siempre en mis recuerdos con un halo de leyenda, fue después mi amigo un amigo paternal y magnánimo, maestro en el consejo viril, modelo de lealtad en los vericuetos de la política banderiza, símbolo de honradez en la actividad funcionaria, espécimen de moralidad familiar, singular complejo de energía y dulcedumbre, resumen el más bello y el más fuerte de las diversas potencialidades de la raza.

Él me dio el espaldarazo en esta caballería andante del periodismo político. Él me sacó de las subjetividades inútiles de mis versos románticos a la ruda pelea por la doctrina y por la patria. Él hizo de mis debilidades mórbidas de sentimental poeta adolescente, fuerzas de luchador y esperanzas de convencido. Él me dijo una vez:

—¡Hijo mío, hay que ir por el camino recto para triunfar o estrellarse!

Por eso le había levantado en mi mundo interior un culto de veneración y cariño. Por eso he subido defenderte a capa y espada contra las ruinas inyectivas de sus enemigos, demostrando que Lafaye es símbolo de honradez, de energía, de ca-

ballerosidad sin tacha y de conciencia sin mácula.

Por eso, como retribución única a la perenne deuda agradecida, sólo tendré la ventura de enseñar su nombre, primero que el mío, al florido retoño de mi sangre y de mi alma que va abriendo los claros ojos a la vida.

¡Duerme en paz, viejo mío, amigo, maestro, padre! Duerme la calma de tu último sueño sereno. Descansa en la tierra dura tu ardida cabeza de combatiente, volcánica de ideales, exomada por la santa nieve de los años de dolor y de trabajo:

Duerme sin remordimiento, sin inquietud, sin zozobra, tú, el último vástago de los pretéritos hidalguos con alma de acero y corazón de oro.

Una vez cuando cayó a la fosa un amado compañero de tu infancia, me dijiste, ahogado por la congoja, conteniendo apenas, con un gesto brusco de tus horas coléricas, el llanto que irrumpía a los ojos enrojecidos:

—¡Váyase, váyase! Hoy es imposible... hoy no podemos escribir...

Y lloraste largamente, tú, el "hombre cruel el sombrío tirano, el neurótico perseguidor del pueblo"

Y he aquí que yo, abrumado por el pesar de tu muerte, sin poder concebir que tu ancianidad augusta y luminosa se haya hundido en la nada, no puedo escribir.

Y, dolor de los dolores, tampoco puedo llorar...

* Claudio Peñaranda. Sucre, 1883-1921. Escritor, profesor y poeta modernista por antonomasia.



He vuelto a verlos. Están ahí bajo la arquería del antiguo y benemérito colegio Sucre. Un grupo pintoresco, varios de ellos con abundante barba negra. Alguien —¿un profesor?— me susurra al oído, son los jóvenes escritores y poetas de Gesta Bárbara. Aguzo la vista. Distingo al que gesticula con mayor vehemencia, sus "cejas como alas de golondrina", dirán después quienes describieron a Jaime Canelas López. El que luce anteojos oscuros y pasea la mirada por los pisos superiores del viejo edificio, es Héctor Cossío Salinas. Hay uno que lanza de rato en rato carcajadas recias y cantarinas, Mario Rolón Anaya. Otro, silencioso pero atento a los diálogos, "el mechón sobre la frente", Gonzalo Vásquez Méndez. Cabellera generosa, bajito y movedido, Mario Quiroga de la Zerda. Sorpresa, un japonés (boliviano), Mario Ojara Ágreda. El más alto de todos que altea con los brazos, Julio de la Vega. René Reyes, pintor, Daniel Bustos Gallardo, arquitecto urbanista, pintor y escritor. Alguien más detrás del grupo y casi indistinguible. Fui conociéndolos después por nombres y apellidos.

Ya los había entrevistado en varias ocasiones. Un día colaboramos con uno que otro verso en el libreto de la velada bufa universitaria. Nuestro blanco preferido el gobierno del PURS y costaba trabajo encontrar consonante para la palabra BURRIOLAGOITIA. Eran tiempos políticamente convulsos, con intentos revolucionarios y hasta bombardeos sobre la ciudad.

La noche del estreno, varios poetas fueron apresados y obligados a ingerir medio litro de aceite de ricino. No olvido el apellidado del represor, Ariñez.

Quiso la fortuna que fuese a vivir en una casa vecina del domicilio de Coco Cossío. Le debo consejos y libros que alimentaron mi incipiente poesía. Hay una noche en que lo vi llorar silenciosamente frente al radio que transmitía la ceremonia de los Juegos Florales. No fue a recibir su premio por falta del esmoquin o del frac imprescindible. Era nuestra impecunia.

A una o dos cuadras de distancia vivía Mario Borda Clavijo, el "caboclo" que defendía vivamente a Shopenhauer frente a Cossío, vitalista y revolucionario. Yo, sin pronunciar palabra, obedeciendo a una inveterada inclinación, me solidarizaba emocionado con el pesimista. Aún perdura en mí ese escepticismo.

En algún momento me convertí oficialmente en bárbaro y me embarqué en la bohemia literaria que no termina sino con la muerte.

Los bárbaros no sólo produjeron valiosas obras individual y colectivamente. Su bohemia no era estéril sino un intenso debate cultural que no estuvo exento de humor negro para "epater les bourgeois". Cierta día cundió la noticia del suicidio de Julio de la Vega con invitación pública al velorio en la Academia de Bellas Artes "Man Céspedes". La sala se abarrotó de gente y de ofrendas fúnebres, pero de pronto Julio se incorporó del ataúd y leyó un extenso poema contra una novia que se propuso abandonarlo. La atribulada novia estuvo presente y sufrió un desmayo de película.

La segunda Gesta Bárbara nació en La Paz bajo la batuta de Gustavo Medinaceli, pariente de don Carlos Medinaceli, el fundador de la primera Gesta Bárbara de Potosí. Muchos de sus integrantes solían visitar Cochabamba y en un baile de carnaval formaron un círculo danzante recitando a coro el inusitado satanismo de la "Tertulia lunática" de Julio Herrera y Reissig, entonces conocido por muy pocos.

No está demás inscribir los nombres de las principales figuras de Gesta Bárbara en Bolivia, lista seguramente incompleta por las limitaciones de la memoria: German Céspedes Barbery, Mario Guzmán

Aspiazu, Jacobo Liebermann, Ramiro Bedregal, Armando Soriano, Beatriz Schulze, Jaime Saenz, Silvia Mercedes Ávila, Edgar Ávila Echazú, Oscar Alfaro, Roberto Echazú, Mery Monje, Alberto Guerra, Mario Lara López, Mario Lara Claros, Oscar Arze Quintanilla, Edmundo Camargo, Rolando Arze Quintanilla, Mery Flores, Luis Fuentes, Milena Estrada, Alcira Cardona, Héctor Borda, Elidoro Ayllón, Valentín Abecia, además, por supuesto, de sus fundadores Gustavo Medinaceli y Julio de la Vega. Yolanda Bedregal frecuentó asiduamente a los bárbaros de La Paz y recibió de ellos nutridos homenajes, habiéndosele declarado "Yolanda de América".

Jaime Canelas López, Edmundo Camargo, Rolando Arze Quintanilla, Gustavo Medinaceli y Oscar Alfaro fallecieron a edad temprana.

La lista es numerosa y, como dije, la omisión de muchos nombres es culpa de la memoria fragmentada y ya dispersa de quien se sabe desposeído de las condiciones que definen al crítico o al historiador de la literatura.

En cada capital de departamento y aún en ciertas provincias fue brotando la segunda Gesta Bárbara que, por otra parte, no limitó su membresía a narradores y poetas, sino que atrajo a investigadores sociales, ensayistas, artistas plásticos, compositores de música y otros personajes de algún modo relacionados con las artes y las letras.

Esta concurrencia no por variada y aparentemente heterogénea fue negativa. Por el contrario, incrementó en calidad y número las actividades culturales las más frecuentes y notorias de las cuales tuvieron lugar en La Paz, Oruro y Cochabamba.

Hay un hecho que merece destacarse. Malgrado las personales preferencias en orden a las concepciones intelectuales y artísticas, reinaba en todo momento un apasionado aunque saludable intercambio de ideas. Y es que, por encima de todo, unía a los bárbaros un compartido espíritu de resistencia y repudio a las anquilosadas estructuras de los poderes fácticos imperantes, a la mesocracia ambiente, a las injusticias sociales y a las represiones policíacas contra el pensamiento libre, como lo habían hecho a su turno y en parecidas circunstancias los maestros de la primera Gesta Bárbara.

En La Paz fueron apareciendo sucesivamente novelas y libros de poemas, además de publicaciones colectivas de valioso impacto cultural. Los bárbaros inundaron las páginas de las principales revistas, KHANA, la revista municipal de cultura; CORDILLERA, del Ministerio de Educación; SIGNO, la revista del crítico Juan Quirós; y, sobresaliendo entre todas, TRIGO, ESTAÑO Y MAR, texto de ensayos esenciales y ardientes alegatos de reivindicación bolivianista. El documento tuvo el espaldarazo de Franz Tamayo que se valió de la famosa cita de Goethe: "Valor y coraje./ Valor perdido./ todo perdido./ Más te valiera/ no haber nacido".

No creo que sea impertinente una somera referencia a la Gesta Bárbara de Carlos Medinaceli y Gamaliel Churata, fundada en 1918 en la ciudad de Potosí. Este movimiento cultural rindió fervoroso homenaje al modernismo y fue pionero en el análisis cultural del país y de Hispanoamérica. Ese ferviente modernismo no le impidió, sin embargo, descalificar ciertos excesos europeizantes y más propiamente el afrancesamiento dieciochesco, para destacar en cambio la importancia del atávico sentimiento étnico de la cultura y del paisaje territoriales. En otras palabras, el "telurismo". Asumió la defensa del indigenismo y apuntó sus dardos contra la realidad política y social, sobre todo del campo y de las minas. Un indigenismo justiciero y hasta un indianismo cosmogónico que las generaciones posteriores continuaron y profundizaron, para vergüenza de aquellos etnocentristas pretendidamente "originarios"

Gesta Bárbara: frag

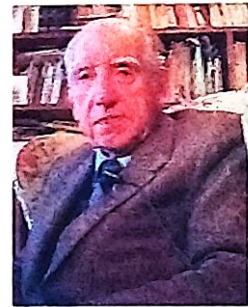
El consagrado poeta cochabambino Antonio Terán Cabero (1932), quien revela los vericuetos bohemios y revolucionarios



Alcira Cardona Torrico



Carlos Medinaceli



Julio de la Vega



Alberto Guerra

que ahora, en pleno siglo XXI, borran de un plumazo la historia cultural del país y presumen de ser la única verdad revelada con exclusión de quienes sacrificaron vidas y haciendas en defensa de los grupos y comunidades étnicas subalternizadas. Pues hay ahora "originarios" que practican un racismo al revés, fruto del resentimiento ignorante o de un subconsciente colectivo fermentado secularmente y que los convierte en émulos de sus verdugos de antaño.

Aunque a tiempo de trazar el balance de su generación Medinaceli es patéticamente pesimista. ("nos aplastó y pisoteó el ambiente ignaro y mesocrático", dice), reclama para ella el nombre de "Neptali", que en hebreo significa "Yo he combatido mis combates".

Ahora bien, la segunda Gesta Bárbara bebió entusiasta y devota de aquellas fuentes, se propuso reivindicar la obra de sus ilustres antecesores, ampliando, además, el horizonte lingüístico, la cosmovisión y las experiencias existenciales, las técnicas verbales, en correspondencia con las vanguardias literarias del momento.

¿Hasta qué punto pudo cumplir esos propósitos?

Un somero deslinde —aunque fuera a ojo de buen cubero— de los libros que he podido leer por simple y pura necesidad intelectual y sin mayor método crítico, me permite unas cuantas intuiciones sujetas a posible rectificación.

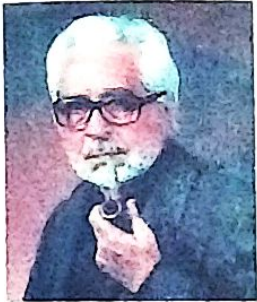
En primer lugar me atrevo a dudar de las afirmaciones según las cuales las postulaciones vanguardistas, sobre todo las del surrealismo bretoniano, se trasladaron a Bolivia así fuera con retraso de dos décadas.

El surrealismo europeo bebe en las profundidades del subconsciente como una reacción contra el cartesianismo y el positivismo que cobijaron una sociedad podrida que propició los horrores de una guerra mundial. Reclama una escritura automática, las asociaciones oníricas y el vejamen al contralor racional. Salvo contados escritores, notablemente poetas, el surrealismo europeo no cuajó en Bolivia completa, exhausti-



mentos de memoria

... fue miembro integrante de la Segunda Generación de Gesta Bárbara, ...
...arios que forjaron la institución cultural



Antonio Terán Cabero



Milena Estrada Sainz



...ra Gutiérrez



Oscar Arze Quintanilla

poesfa, la política y la amatoria.

La Paz es una excepción donde destaca la personalidad y la obra de Gustavo Medina-celi con los signos diferenciales que hemos anotado. Otros nombres, como los de Julio de la Vega, Alcira Cardona, Jaime Saenz, Edmundo Camargo, Luciano Durán Boger, Luis Luksic, Sergio Suárez Figueroa y hasta Pedro Shimose, con los que se quiere representar una escuela, una comente, un movimiento surrealista en Bolivia, o bien no pertenecen estrictamente a Gesta Bárbara, rozaron por un momento los postulados bretonianos, o bien, después de la diáspora lamentable cuyas causas aún no han sido esclarecidas, se decantaron por nuevos rumbos a la luz de las teorías literarias modernas y postmodernas.

La segunda Gesta Bárbara fue influida también en grande medida por la poética juanramoniana aunque ya no en su vertiente modernista sino más bien en lo que tiene de mesura, de economía de lenguaje y de emotividad dictada por la pasión amorosa. García Lorca contagió asimismo a los bárbaros que asimilaron no sólo su tejido metafórico sino la predilección por el romancero. Tampoco olvido que nuestra lectura predilecta fue la famosa antología de la generación española del 27.

Entre paréntesis, invitan a la reflexión ciertas comprobaciones críticas. De Vicente van Gogh se dice que en sus árboles retorcidos y clamantes habita la neurosis del pintor. Acuciosos observadores afirman que esos árboles "son así no más" como en la pintura debido a los constantes y fuertes vientos. La infancia de Neruda transcurre al sur de Chile, en una zona de incesantes y feroces lluvias, donde todo, el mundo entero, parecía desintegrarse en un derumbe perpetuo. Por tanto, esa atribución surrealista merece un análisis más sutil. Kafka era denostado por los políticos mexicanos de una izquierda ortodoxa, (la del llamado "realismo socialista"), como fantaseador evadido de los problemas vitales y concretos de cada día. Un crítico inteligente reflexionó que Kafka muestra el absurdo de su época y predijo los horrores del nazismo y de la próxima guerra. Si Kafka hubiera sido mexicano, concluyó, sería un escritor costumbrista.

Al cabo de tantos años, casi tres cuartos de siglo, es necesario recordar que los poetas de Gesta Bárbara, y aún otros si bien no ajenos, no integrados en el grupo, vivieron los avatares de un tiempo signado por las luchas revolucionarias -las utopías- que culminaron en el levantamiento popular de 1952. La poesía política que esa época produjo ha sido olvidada con toda justicia cuando se trató de elusiones meramente verbalistas, proclamas prosaicas o circunstanciales. Aquella otra, casi vallejiana y hondamente comprometida con la estética, aún perdura.

Sus creadores continuaron ejerciendo el oficio, mucho después de haber desaparecido Gesta Bárbara de los escenarios culturales. Y lo hicieron acuciados esta vez por otras preguntas fundamentales de la cultura contemporánea. Mencionamos algunas.

1. El nuevo tratamiento del tiempo, que no es ya el tiempo sucesivo, el continuo, la duración que somete, envuelve y hasta anula la noción de espacio.
2. La poesía era un arte temporal. La palabra en el tiempo, como quería Antonio Machado. Ahora se vive el tiempo como un presente mítico, como un instante privilegiado, inseparable del espacio, un instante que contiene a todos los demás que son, por supuesto, intercambiables.
3. Con el debate del tiempo está también el de la memoria, que ya no es el acopio de escombros ni la recreación cronológica de una vida, sino una incesante modificación e

invención del pasado.

4. Está la experiencia del cuerpo, la imaginación del cuerpo, cuerpo y alma en su unidad esencial, es decir el erotismo que no rechaza sino funde el uno con el otro.
5. Está el dilema -para los que tienen- acerca de las relaciones u oposiciones entre la cosa y la palabra que la nombra.
6. Y, como experiencias importantes, están el intento huido-britano de crear una realidad paralela a la naturaleza y la historia, y, por qué no, la proposición lezamiana de convertir la poesía en el logos de la imaginación.
7. Las teorías de la lectura insisten, por otra parte, en la ineludible participación del lector para completar el sentido de los textos.
8. Y, para coronar esta lista de novedades, obligadamente parciales, la sospecha de que la poesía escrita ya no forma parte de la literatura, sino que sería un metalenguaje y una especial introspección que tiende al auto-conocimiento.

Aquí me detengo. Por alguna deformación profesional, estos comentarios voladeros han venido dibujando la figura y obra de los poetas de Gesta Bárbara, descuidando las de narradores y ensayistas, que los hubo y de excelente nivel intelectual.

Ya traspuestos los umbrales de la vejez advierto que aquellos hermanos y cómplices de numaturgia fueron descendiendo paulatinamente a sus tumbas y que, en este momento, somos apenas tres sobrevivientes, me parece: Mario Quiroga de la Zorda, Oscar Arze Quintanilla y yo.

Acostumbrado a releer constantemente sus libros olvido a veces que ya no están aquí porque siento que me acompañan y hasta conversan o discuten conmigo. Pero la verdad al fin de cuentas es inexorable y escritura alguna podrá reemplazarlos jamás. Los sueños son acaso el lugar donde su presencia es más intensa y sus figuras humanas casi palpables, pero también los sueños son lo que son, el reino de la vivacidad caótica e inescrutable. Coco Cossío aparece en primer plano exclamando como solfa, con un vaso de vino en la mano. "A ver, a ver, a ver / por qué llora esa mujer"; Gonzalo Vázquez Méndez habla muy rara vez pero te hace saber que sigue buscando allá a la amada que lo precedió en el viaje; caboblo Borda repite incausablemente "Más allá del horizonte estarán siempre nuestros sueños"; Inca Lara me canta su copla "Antonio refoño mató a su mujé / con siete puñales y un alfilé"; y así todos, cinéticos y fugaces. Inclusive alguien entreabre la puerta y con los brazos en jarras pregunta "Cómo es pues ché / cuándo vas a venir".

Alguna vez me atreví a visitar los lugares que cobijaron nuestra bohemia, aquella chichería del Yaku-Ujya con su enormísimo plano de patas de león; la sillp'anchería de la yarqéy plazuela donde broméabamos con matarifes siempre provistos de deslumbrantes cuchillos; el atllito con el armonio y la concertina del ciego Anselmo; (qué casualidad, también el ciego de "La casa verde" se llama Anselmo); las callejas desiertas a media noche que recorríamos coreando huayñis, coplas populares, canciones republicanas de la guerra civil española. Peregrinación inútil. Aquellos lugares han desaparecido y los reemplazan ahora edificios de mal gusto o establecimientos comerciales inhóspitos para la literatura. La ciudad bucólica y apacible, las noches de lirismo incontentible ya no son de nosotros.

va y fielmente, como sucedió en otras latitudes que nos ofrecen testimonios incontestables de esa cosecha.

Hay que anotar, empero, esta circunstancia. Esos pocos casos excepcionales se prodigaron en la búsqueda del nuevo lenguaje sin mimetizarse, ni filosófica ni expresivamente, con la teoría bretoniana. Se puede conjeturar que hubo una suerte de "imitatio" pero no una "mimesis" profunda. Esa aparente renovación léxica derivó al poco tiempo hacia una textualidad directamente entroncada con las preocupaciones políticas y sociales.

Podría aceptarse que las experiencias oníricas no estuvieron ausentes de la obra de los bárbaros, (al fin y al cabo las vivencias metafísicas y la ensañación del mundo han sido y son inseparables de la poesía), mas esas experiencias no se desligaron totalmente de la realidad cotidiana, así la "realidad" se asuma subjetivamente. Curioso fenómeno que podría explicarse como constitución psicológica o inconsciente colectivo incompatible con las abstracciones verbales deletéreas, nebulosas y descarnadas. Hubo siempre en la obra de los bárbaros una inevitable objetividad en sus percepciones, distancinadas sin embargo de la simple, ramplona y tangencial visión de la vida y de la muerte. Surrealismo quizá pero de otro signo que el europeo.

Creo recordar que André Breton, cuando visitó México, dijo que mientras en Europa el surrealismo era inventado como un supremo esfuerzo para oponerse a una sociedad inaceptable, aquí, en América, todo, la vida y la muerte, eran surreales a cada paso y en cualquier momento.

Lo evidente es que, en Cochabamba por lo menos, los escritores y poetas transitan las sendas de Herrem y Reissig y de Lugones, y se informan de las vanguardias europeas directamente a través de las "residencias" de Neruda, el creacionismo de Huldobro y las innovaciones del lenguaje vallejiano. Reitero que, salvo casos aislados, no se asumen de manera radical esas tendencias. Neruda enraizó pero con la otra porción de su

Diccionario de la vista gorda



MATRIMONIO

- ¿Y si en lugar de encontrarse con una media naranja uno se encuentra con un medio limón?
- Del matrimonio de una polilla con una chinela nació el polichinela.
- El matrimonio es una estafa de baja estofa.
- Se dice que el hombre casado es semejante a Nuestro Señor Jesucristo con la cruz a cuestas; pero hay entre los dos la diferencia de que la ayuda del mozo de Cirene fue buen auxilio para el Salvador: mientras que si a un marido se le pega un cireneo, la pasión se volverá un infierno; y la cruz, si antes pesaba como uno, pesará después como dos. (José Modesto Espinosa. Pensamientos y otras cosas)
- El mejor consejo para casarse es hacer como aquel que está dentro de una casa, que por todas partes se quema: hacer la señal de la cruz, encomendarse a Dios con todas veras, y arrojarlo por la ventana. (Cajón de sastre)
- En las repúblicas bien ordenadas, había de ser limitado el tiempo de los matrimonios, y de tres en tres años se habían de deshacer, o confirmarse de nuevo, como cosas de arrendamiento. (Cervantes. Juez de los divorcios)
- Alguien dijo que el matrimonio sería perfecto si cada quien viviera en su casa. (Nina Yomerowska)
- El matrimonio debe ser considerado como una larga conversación. (Friedrich Nietzsche. Humano, demasiado humano)
- El matrimonio se parece a una confitería: los que se paran ante un escaparate se comen todos los dulces, si se los dieran; mientras que el confitero, que puede comérselos a cualquier hora, generalmente no los prueba. (Gil y Luengo. Derecho cómico conyugal)
- Nunca me he alucinado con la idea de solicitar una doncella sabia, bien educada, flexible, y de índole dócil. Las doncellas, que están en acecho del matrimonio, ha de saber Vm. que son un mundo desconocido, que aparecen a quien se llega a ellas, por lo regular un país ameno, circun-

dado de vegas hermosas, y floridas, rodeadas de puertos, en la apariencia, seguros, y favorecidas de todos aquellos hechiceros halagos, que son unos verdaderos engaña-bobos. Es necesario caminar tierra adentro para conocerlas, y no dejarse seducir a primera vista, descubriendo con sagacidad, prudencia y juicio la cualidad del terreno, porque ordinariamente es traidora la primera apariencia, hallándose después en lo interior arenas estériles, barrancos ruinosos y un sinnúmero de cambroneras entretejidas de malezas, y espinos. (Cajón de sastre)

- El arte es hermano de la libertad (...) El matrimonio no se hizo para los artistas (Eusebio Blasco. Parte de boda)
- El que se casa trata de solucionar con la expiación su deseo de mujer. (Gómez de la Serna. Greguerías)
- Condición o estado formado por un amo, un ama y dos esclavos, todos los cuales suman dos. (Bieree. Diccionario del diablo)
- El matrimonio comienza con una luna de miel y rápidamente pasa a un cuarto manguante de miel, y así hasta que desaparece la última gota de miel y queda el cacharro vacío.

DERECHO CÓMICO CONYUGAL

“Personas que pueden contraer matrimonio: Entre todos los medios de decir lo que se puede hacer, hay uno sencillísimo, que consiste en decir lo que no puede hacerse. Así pues, en vez de decir quiénes pueden o deben casarse, vamos a enumerar los que no deben permitirse semejante lujo:

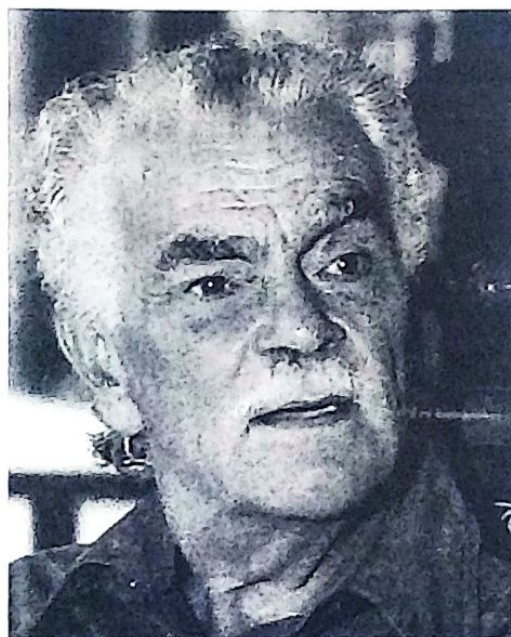
1. Los que no tengan medio ni extremos de fortuna, para sostener las cargas del matrimonio —que no son pocas—, creemos que no deben ser muy afortunados si se casan.
2. Los sordos tienen la ventaja de no oír ciertas cosas; pero también tienen el inconveniente de no oír otras que pueden ser muy importantes.
3. Los ciegos, jamás, porque siempre estarán a oscuras.
4. Los feos, en toda la extensión de la palabra, deben pensarlo mucho. Al fin y al cabo, darle a una mujer un feo para toda la vida, es algo aventurado y hasta poco decente.

5. Los cojos deben tener presente que la mujer debe ignorar siempre de qué pie cojea su marido, y además, que su esposa puede llegar a todas partes mucho antes que ellos.
6. Los chatos debe retraerse, el matrimonio requiere mucho olfato.
7. Los jorobados, nunca. Bastante carga tienen para echarse otra encima.
8. Los tuertos y cortos de vista no deben olvidar que con las mujeres es necesario tener mucho ojo.
9. Los mudos pueden ser excelentes maridos, porque jamás dirán “esta boca es mía”. Pero no nos atrevemos a decir lo mismo de la que sea su esposa.
10. Los gangosos y tartamudos son demasiado cómicos, y el matrimonio es una cosa muy seria; tan sería que —dice una señora casa y amiga mía— no se ríe casi nunca.
11. Los hombres públicos no suelen ser muy afortunados en sus matrimonios. La política es una querida que deja huérfano, casi siempre el hogar doméstico.
12. Los empleados y los militares suelen ser excelentes maridos; pero deben pensar a menudo que la oficina y la guerra están un poco lejos de sus casas.
13. Los tontos no deben vacilar un momento. Conozco pocos que no me hayan asegurado que su mujer los adora.
14. Los suspicaces y cavilosos acostumbran ser desgraciados. En el matrimonio mejor es creer, mientras no se pruebe lo contrario.
15. Los vagos, que tengan además la dignidad de propietario, pueden ocuparse, sin miedo, en hacer la felicidad de una mujer y de paso, si es posible, también la suya.
16. Los jornaleros están facultados para casarse. El amor suele ser el único patrimonio y la sola fiesta de los pobres.
17. Los artistas pocas veces son dichosos en su matrimonio. La poesía y la prosa hablan diferente idioma, y generalmente no se entienden.
18. Los caracteres fuertes y violentos no son para la paz que debe ser el matrimonio sino para el mundo, que es la guerra.
19. Casarse una vez, pase. Casarse dos, puede que pese.
20. Los viejos deben abstenerse. Entre otras razones, porque casi todos suelen tener hijos en seguida, y se mueren antes de verlos criados.
21. Los cocheros deben retardarlo todo lo posible porque están en “berlina” todo el día y parte de la noche.
22. Los individuos de orden público, como pasan la vida en la calle, están seriamente amenazados de que se altere durante su ausencia el orden privado.
23. En general, todos los que tienen obligación de ausentarse de sus casas a horas determinadas, y durante tiempo fijo, harán bien en ser muy devotos de Santa Rita de Casí. Sin embargo, como todo está compensado en este mundo, para que el equilibrio no falte, los que se hallen en el caso anterior, tienen la ventaja de dar la seguridad a sus esposas de que están todos los días y durante tiempo determinado donde su destino y ocupación lo exigen. Y con recordar aquella famosa acotación de algunas comedias, que dice: hace como que se va y vuelve, pueden evitarse muchos quebraderos de cabeza. (Gil y Luengo. Derecho conyugal)

Oswaldo Encalada Vásquez en:
“Diccionario de la Vista Gorda” —
Lectura de moderación.



Palabras sobre palabras



Joaquín Gutiérrez Mangel

Amigos, compañeros; pienso que por viejo me escogieron, o tal vez porque escoba nueva barre bien, pero escoba vieja conoce mejor los rincones, para dirigirles estas palabras.

En uno de mis tantos viajes como periodista, hace un cuarto de siglo llegué a cuatro mil metros de altura, hasta el lago Issik-kul, en las montañas del Tian-chan, los Montes Celestes, desde cuyas cumbres se mira China. Todo esto en el Kirgistán soviético. Encaramado en esas nevadas laderas vive un pueblo nómada, que habitaba, decenas de milenios antes, en las estepas de Siberia, pero que hostilizado por otras tribus muy belicosas fue encaramándose allí, deseoso de tocar el cielo con las manos, pero, sobre todo, de librarse de sus agresivos vecinos. Y entre ellos viví una experiencia inolvidable.

Como muchos de la prehistoria, este pueblo había creado oralmente una saga —o epopeya— en la que narraban sus largos avatares. Pero el paso del tiempo los dispersó en varias tribus y el poema se fragmentó. Cada tribu conservó sólo partes sueltas de memoria, pues idioma escrito sólo tuvieron, con ayuda de etnólogos y filólogos soviéticos, en 1930.

A comienzos de este siglo, en una de esas tribus, nómadas todavía, en medio de sus ovejas y camellos nació un niño dotado de una memoria prodigiosa, que sintió, con una sorprendente precocidad que esa epopeya no podía perderse y que se fue cambiando de tribu en tribu, lejos de su familia durante decenios, para ir escuchando fragmentos de los viejos pastores, agrupados de noche junto a las fogatas. Él se los aprendía y logró finalmente el milagro; ¡memorizar el poema completo! ¡Ciento diez mil versos! Después se lo grabaron y el poema ya está a salvo; publicado en ocho volúmenes! Un analfabeto, sí, lo era, había salvado una joya cultural de su pueblo y de toda la humanidad.

Y allí, entre las nubes, me encuentro con este Homero de la Siberia quien, además, aceptó recitar algunos cantos. Era un espectáculo oírlo. Erizaba el vello. Como ocurrió con toda la poesía oral, que se conservaba pasando de cantor en cantor, al oírlo fui descubriendo numerosos recursos nemotécnicos: ritmo, rimas, fonemas.

Y si bien no podían traducirme palabra por palabra, me resumían cada fragmento y pude así escuchar fragor de batallas, rebañes aterrorizados por la tormenta o dulces trinos. Nuestro poeta tenía unos sesenta años, robusto, con enormes bigotes, un puñal en la faja y su castán. Cuando terminó de recitar me ofrecieron la palabra. Él de pie, frente a mí, esperando. Comencé diciéndole qué era, en mi concepto, una palabra oral. Se dice gollondrina, hermana, victoria, abedul y lo único que se hace al decirlos es formar burbujas... burbujas que aletean unos segundos como mariposas y que luego se las lleva el viento. Existieron castillos, fortalezas, mausoleos, todos de piedra, que la arena inexorable del tiempo borró para siempre. Y, en cambio, palabras, de las más etéreas o frágiles, sobreviven.

Por ejemplo ustedes, kirguises, como todos los mongoles, dicen *ailla* por decir aldea y los quechuas, en la cordillera andina, también dicen *ailla* por aldea. ¿Cómo llegó esa burbuja hasta Huancavelica o el Cuzco? Llegó con los lejanísimos antepasados de nuestros abuelos, tribus protomongoloides que

hace veinte mil años cruzaron el Estrecho de Behring, congelado en el último período glacial y que, ramificándose, terminaron por poblar todo el Continente. Por dar otro ejemplo, entre muchos: entre los Chukchis, pueblo que vive en Siberia, frente a Alaska, su capital se llama Huelén, que en su lengua quiere decir dolor, y en Santiago de Chile el hoy Cerro Santa Lucía, antes de la conquista por los españoles se llamaba Huelén, que en mapuche —araucano— también quiere decir dolor.

Lo más alado sobrevivió. Esa otra burbuja cruzó, también, de norte a sur, todo nuestro continente. Usted, admirado amigo —terminé diciéndole— desde niño sintió que su destino no era ser pastor de ovejas, como lo venían siendo sus abuelos y los abuelos de sus abuelos desde tiempos inmemorables, sino pastor de palabras. Con infinita devoción y paciencia reunió y terminó llevando rebañes de palabras, millones de palabras, hasta su redil.

Y, lo más extraordinario, lo hizo sin que de camino se le extraviara o estallara ni una sola burbuja. Brindo entonces por este hermoso anciano, este extraordinario pastor de palabras. Y aquí el final de esta historia. El viejo me había escuchado todo sin pestañear y mirándome fijo a los ojos que, poco a poco, se le habían ido humedeciendo. Y al terminar vino hacia mí, me dio un abrazo de oso y un beso interminable, con todo y sus enormes bigotazos, en la mera boca.

Por qué comencé contándole esta vieja aventura. Es sencillo. Porque el oficio de todos nosotros es trabajar con palabras. La arcilla para el alfarero, los colores para el pintor, las notas para el músico son, para nosotros, las palabras. A las palabras les debemos estar aquí reunidos. Gracias a ellas se volvieron inmortales todos los grandes clásicos; desde los Vedas, Salomón, Homero, Cervantes y hasta Whitman, Chejov, Darfo. Ellas son la mitad de nuestras vidas. Gracias a ellas podemos intercambiar ideas, homogeneizar acciones, enanorar muchachos, zaherir a los déspotas,

inflamar corazones o bendecir a los revolucionarios.

Digamos entonces con el pueblo que escribió el Atarva Veda hace cuatro mil años: —¡Oh tierra, dadnos la miel de las palabras!—. Dicen los estudiosos que en la evolución de nuestra especie los primeros acontecimientos importantes fueron la adquisición, por los homínidos, de las dos características que los diferenciaron de los proto-simios, la fabricación de utensilios y el lenguaje. Y que ambos hechos se desarrollaron —y esto es lo que nos resulta más novedoso— en forma simultánea. Ambos factores los vincula el uso preferencial de una mano —cosa que no ocurre con ningún otro de los mamíferos—, para realizar manipulaciones complicadas.

Y en el cerebro, nuestro centro del lenguaje se creó, desde un comienzo, siguiendo los controles de la mano preferida. (La derecha, en el 90 % de los casos.) Y, así, las que parecen dos funciones independientes sólo son, en el fondo, el software y el hardware del mismo sistema. De modo que si los arqueólogos encuentran utensilios junto a los huesos de un homo erectus, abuelo nuestro que vivió hace un millón de años, esos les indican, inequívocamente, que ese caballero ya tenía un lenguaje para transmitir sus posibilidades y experiencias.

Por Federico Engels sabíamos que “la mano había convertido al mono en hombre”. Hoy sabemos que fueron simultáneamente la mano y el lenguaje los factores de esa transformación. Y de ello no podemos menos, si ustedes no están en desacuerdo, que alegrarnos. Ahora tienen todo el derecho de preguntarse: ¿qué diablos hizo que Gutiérrez nos viniera con toda esa historia, en los mismos momentos en que el mundo enfrenta un fin de siglo preñado de tantísimas y horrendas incógnitas amenazantes?

Lo hice precisamente por eso. Porque uno de los factores principales que puede salvarnos del apocalipsis atómico son las palabras.

Como lo acabamos de ver en el diálogo de Gorbachov con Reagan. O en Esquipulas. Porque con palabras es cómo podemos abrirles los ojos y organizar a nuestros pueblos, para que terminen de entender cuál es su enemigo principal y así podamos actuar unidos, crear una marejada gigantesca y liberarnos de tanta explotación.

Además no contamos sólo con nuestras propias palabras, que pueden o suelen ser poco elocuentes e ineficaces, sino, por suerte, también con las que nos dejaron genios o seres privilegiados que nos antecedieron. Por palabras de Heráclito, por ejemplo, sabemos que “El mundo es un fuego vivo, que se enciende y se apaga, sujeto a leyes”. ¿Y cuál ley de éstas es la principal? Nos lo dijo Quevedo, “Todo el universo es una discordia resplandeciente”. Para la convivencia entre naciones tenemos las palabras de don Benito Juárez: “El respeto al derecho ajeno es la paz”. Lincoln nos enseñó —y aún no terminamos de aprenderlo— que “Democracia es el Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”. A Bolívar, que poco antes de morir, en un breve desfallecimiento dijo que había “arado en el mar”, ahora que el espíritu bolivariano está reviviendo con una fuerza estupenda, les recordaremos las palabras con que lo recibió cerca del Cuzco, el alcalde quechua de Cochehuana: “Tienes el mayor título que pueda alcanzar un hombre: Libertador de Pueblos. Tu gloria crecerá con los siglos como la sombra cuando el sol declina”. José Martí nos dejó, entre otros millares, unas palabras de oro: “Viví en el monstruo y le conozco las entrañas y mi honda es la de David”. Con el héroe de las Segovias repetimos: “La soberanía de un pueblo no se discute: se defiende con las armas en la mano”. Y, Salvador Allende nos dejó dicho que “Más temprano que tarde se abrirán las amplias alamedas, por donde pase el hombre libre hacia un destino mejor”.

Para terminar recordemos a Ho Chi Minh, cuando estuvo preso casi dos años en las cárceles del Kuo Min Tang. Lo cambiaban de una a otra mazmorra, todas lejanas entre sí, no se sabe bien por qué. Cada una más inhumana y horrible. Todo su cuerpo se le cubrió de pústulas, con dos especies de sarna, la sarna mosca y la eruptiva, además de miles de piojos. Llegó a estar tan débil que apenas podía arrastrarse, pedía casi la vista, se le cayó el pelo, pero fue entonces ¡entonces! cuando escribió su único libro de poemas. Leamos uno de ellos: *Con una cuerda me amarraron las piernas / y me ataron los brazos. / Pero el suave perfume de las flores / y el canto de los pájaros / me llega desde el bosque. /*

¿Cómo podrían impedir / que esta dicha me acompañe? / Ahora el camino ni es tan largo / ni estoy solo.

Joaquín Gutiérrez Mangel.
Costa Rica, 1918 – 2000. Escritor
y académico de la lengua.
De: Premio Literario
“Casa de las Américas”, 1988.

Guido Villa-Gómez

Guido Villa-Gómez Loma. Sucre, 29 de noviembre de 1917 - La Paz, 23 de mayo de 1968. Escritor, docente y poeta. El pasado año se recordó el centenario de su nacimiento y este 2018 se cumplen 50 años de su fallecimiento. Villa-Gómez fue integrante de "La Peña de Sucre". Sus creaciones poéticas publicadas e inéditas están reunidas en "Poemas" (1999), edición auspiciada por su familia. También es autor de *La escuela y la vida* (1958) y *El pensamiento pedagógico de Guido Villa-Gómez* (1979).



Réquiem para la madre de todos

Era la madre de todos
esa madre que ha muerto,
pues nuestras madres muertas
hoy se mueren de nuevo,
y nuestras madres vivas
anticipan su entierro.

Era la madre de todos,
esa madre que ha muerto.
No pudimos decirle
¡Adiós! Desde el destierro,
mas no lloramos solos.
Junto a nosotros, lejos
-allá en la patria amarga-,
la llora nuestro pueblo.

Era la madre de todos
esa madre que ha muerto.
Para que ella nos una
con vínculos fraternos,
vamos a sepultarla
en nuestros fieles pechos.

¡Más hermanos que nunca,
por siempre llevaremos,
en cada corazón
un sepulcro secreto
de llantos no dorados
y gritos de silencio,
hasta que vuelva un día,
dulce ya, su recuerdo!

Era la madre de todos
esa madre que ha muerto.
Era tuya, Jorge,
Hugo, Juan, Luis, Roberto...
La madre que tuvimos,

la madre que tenemos,
¡alguien la ha matado
con puñal o veneno!

Era la madre de todos
esa madre que ha muerto.
Le quitaron al hijo
más suyo que su cuerpo,
y ella vino a buscarlo
por los rumbos del viento.
No hallaremos su sombra
sobre el nativo suelo,
ni su voz que nos llama,
ni su presencia... pero
habrá una nueva luz
en el nocturno cielo.

Era la madre de todos
esa madre que ha muerto.
Aquel que la mató
está matando al pueblo;
con el dolor y el hambre,
con el nudo del miedo,
con la mano rapaz
de su signo siniestro,
asesina a la patria
en genocidio lento...

Era la madre de todos
esa madre que ha muerto.
Porque hay una tremenda
justicia de los muertos,
aprendemos, hermanos
a mirarla hacia dentro,
en el infinito mundo
dónde el hombre es eterno.

Madre en vela

El hombre es como el árbol. Puntualmente
el tiempo lo madura: el brote tierno
leño se hará con un lejano invierno...
y el negro rizo nevará en la frente.

Como el árbol que nace en la cimiento
y torna a dar cimiento, en ritmo eterno,
así el hombre, a los años, en interno
regreso, toma niño, de repente...

El árbol que tuvisteis, mi Señora
curvado está por fuera, pero enflora
en íntimo ramaje jubiloso.

Si antes fuisteis la novia del poeta,
hoy más que novia, sois la madre inquieta
que vela por un niño: vuestro esposo.

La niña en pena

Tiene una pena tan honda,
que por ser muda es tan india;
no encuentra efugio de lágrimas
ni palabras de evadida.

Para que ignoren las gentes
cómo quema llama viva,
la agazapa en sus entrañas
tras un velo de sonrisas.

Pero la pena, ¡tan pena!
luna tras luna se iba
transformando en un venero
de ignoradas alegrías...

No importa ya las gentes
se digan lo que se digan:
ahora ríe la pena
y tiene llanto la dicha.

¿Para quién teje esas blancas
madejas de sus cantigas?
En sus impacientes manos
atecan las caricias.



Cierta vez un poeta dijo a Guido Villa-Gómez: En ti el pedagogo ha ahogado al poeta. Y otro dijo: No hay tal. Guido es poeta por vocación y pedagogo por pasión. Ni esta ni aquella pueden morir. En todo caso, más que Fernando Ortiz Saenz y Julio Ameller Ramallo, es un poeta inédito. Heo aquí, ahora, señor de su auténtico yo creador, alquitarado en esos valores -religiosidad y humanismo- que esencialmente integran también su personalidad total. (Gunnar Mendoza)

Dar salida, denso

Un ensayo sobre poesía desde lo que se siente por el poeta y crítico literario uruguayo Eduardo Milán

Cuarta y última parte

No sé si el hombre común fue sobrevalorado por Parra o la necesidad del arte –ahora ya no como consolación, como figura de acompañamiento, lo que no es lo mismo sino que es peor: en la necesidad de consolación hay, por lo menos, un drama, fuera de juego la posibilidad de tragedia, revalorada. Pero el lugar del lenguaje no parece tener la importancia social del lugar de los objetos.

El lenguaje es contagioso, el objeto caro. Uno se adquiere sin querer, el otro da trabajo incluso para darse cuenta de la imposibilidad de tenerlo. Siempre que se habla de esto hay, me parece, el temor –en mí al menos con regularidad– de estar hablando de algo que ya sucedió.

¿Será esa figura de reiteración la que pone en fuga a la conciencia?

O es la conciencia que se niega a la necesidad de cuestión porque sabe que debajo de ella yace una ausencia.

Hay un temor inconsciente de que el amplio espacio que ocupa el arte –plástica, poesía, música tal vez, cine no sé: el concepto de Jacques Rancière de “*tábulas contrariadas*” como clave del cine tal vez lo preserve de la crisis general del arte o quizás el cine en su contradicción es el arte que preserva al arte de cualquier crisis, de manera que: todo arte que quiera sobrevivir deberá ser contradictorio, contrapuesto, opuesto a sí mismo, contrariado– sea en realidad la cobertura –la cobertura– de una ausencia, o sea: la sobreproducción de productos estético-simbólicos sirve para un ocultamiento.

Si esto es así, la sobreproducción simbólica está en posición de un re-cubrimiento. Ese re-cubrimiento no creo que se dirija a ampliar creencias o a multiplicar la fe. Ese recubrimiento estaría tapando nada. En este caso las verdades de Holderlin, de Baudelaire, de Rimbaud o Mallarmé no fueron ni superadas por situaciones más graves ni perdieron vigencia: fueron sepultadas.

Que la multiplicación de los objetos pueda tapar una verdad o simplemente hacerla caduca como formulación de valor ya está hablado de otro ser humano que consume los mismos productos que el necesitado de verdad.

En ese caso ni la risa aliviaría nuestra inestabilidad como sobrevivientes de un



Baudelaire



Holderlin

mundo que ya no está a golpes de producción simbólica –en los dos sentidos: como presencia que permite tolerar una ausencia, o sea, como metáfora, o como responsabilidad directa en la desaparición.

El ya sucedió de esta problemática cuando toca la conciencia sitúa el problema en ese lugar espectral del arte mismo, lo sitúa en un ya sucedido que insiste en llamar a la puerta. Siempre que se habla de poesía hay una puerta cerca, sin que eso implique una salida probable. Una puerta, al menos para que en ella golpee el espectro. Puerta prismática para las subdivisiones del golpe espectral.

Una apariencia de libertad recorre la poesía. Habrá que ver si es una apariencia real o fingida, fuga o concreción, libertad conquistada. Si esto último es cierto, ¿ante qué se conquistó esa libertad?

La libertad no se regala ni se negocia. De modo que tuvo que ser arrancada.

¿Al imperativo clásico ortodoxo?
¿A los mandamientos de rigor de la vanguardia?

Los nexos con el pasado están rotos en relación a todo reclamo, aunque este reclamo sea el deber de la libertad.

¿Puede negarse uno a la libertad?
¿Qué es eso que aparece como li-

bertad en la poesía y motiva estas preguntas?

Si libertad es mayor posibilidad espacio-temporal de movimiento y no necesariamente mayor capacidad, se trata de una libertad. La poesía latinoamericana –y la española va hacia ahí– recuperó áreas de significación, repobló territorios abandonados por una vanguardia convertida en dote y luego, negada ésta, por un neoclasicismo imperativo que la sucede.

Un neoclasicismo tan peculiar que parece contradecir esa orientación estética. Se trata de una recuperación de espacios de dicción apoyados en la entera posibilidad de decir, “Decirlo todo” y su posibilidad parece la consigna poética del último tramo de la poesía del siglo XX y de este comienzo de XXI en lengua castellana.

El antiguo yo poético románticamente explotado como cualquier prostituta que vea Baudelaire fue paradójicamente controlado por una exploración formal de yo ausente o subyacente: la exploración lingüística del último Mallarmé.

Hay una vocación “objetivista” que luego será determinante “objetualista” en la deriva poética del XIX al XX que no deja mentir. Pero mientras una restringe al yo y reduce esencialmente las posibilidades de decirlo todo –una restricción semántica en beneficio de la materialidad significante–,

la otra amplía esas posibilidades colocando al yo lírico no sólo como verdadero titular del asunto poético –regresan los asuntos, las autobiografías completas o recortadas están a la orden del tiempo– sino que detrás de su peripecia entra el efecto de una totalidad de experiencia con todos sus arreos y sus utensilios de existir.

El antiguo yo romántico era una figura más del poema comparado con el regreso de un yo poético dominante característico de esto que algunos llaman neoclasicismo.

Si bien Baudelaire escapa a la restricción semántica –es el encargado de ampliarla en el sentido de completar lo dicho– lo hace excepcionalmente.

Se ha reiterado una y otra vez la contradicción poética de Baudelaire, un visionario de la modernidad futura y de la importancia de cierto arte –el pictórico, en efecto–, de ciertos temperamentos, el flaneur, el decadente, el perdido, la parte maldita de una sociedad que olía mal por todas partes.

Olfía mal y olía a mal.
La explotación humana resultante del capitalismo industrial es una mancha que tal vez sea recuperada ahora, de la mano de una tendencia retro-formal en el arte. Salvo que aquella explotación contra la promesa de una revolución.

La de ahora no contra responsabilidades, por el momento, más que con el presente de la sobrevivencia. Esta explotación actual, de un cinismo y una crueldad insólitos en la medida en que se dan por la cara, sin sobrentendidos ni malentendidos, está precedida de Auschwitz y Gulag, Sabra y Chatila, Guantánamo y los que vengan viniendo, como diría vallejianamente Joaquín Pasos.

Esta inhumanidad contra compromisos con la explosión y/o el sometimiento: esos parecen ser, más que los augurios, las certezas.



Mallarmé



Rimbaud

Fin



Apodos de carácter político Presidentes de Bolivia entre 1825 y 1971

Antonio Paredes-Candia



Germán Busch



Gualberto Villarroel



Hilarión Daza



María Linares

Primera de tres partes

En nuestra política, tan plagada de rencores e insultos, los opositores al presidente en ejercicio, invariablemente le señalan con un apodo o le cuelgan un mote. También es materia de cuentos y chascarrillos, unas veces humorísticos y los más rebasando odio y cruel sarcasmo. El objeto del apodo presidencial es hacer resaltar un defecto, un error, su origen, su nivel cultural, su parecido físico con algún animal, etc.

Auqui seco (El). Aymara y español; El viejo seco. Apodo del doctor Tomás Frías por dos veces presidente de Bolivia. Origen del apodo (a): Su ancianidad.

Barbolín (El). Apodo de don José Gutiérrez Guerra, presidente constitucional entre 1917 y 1920. Origen del a.: La barba que lucía.

Burrientos (El). Apodo del General René Barrientos Ortuño, presidente de Bolivia entre 1962 y 1966. Origen del a.: Su escaso nivel cultural.

Calzonazo (El). Apodo del General de División Enrique Peñaranda Castillo, presidente constitucional entre 1940 y 1943. Origen del a.: Su falta de entereza para resolver los problemas nacionales.

Camba (El). Apodo del teniente coronel Germán Busch, presidente y después dictador de Bolivia de 1938 a 1940. Origen del a.: En razón de ser oriundo del departamento del Beni a cuyos habitantes se les apoda cambas. Nombre náutico que daban a los que no formaban parte del Tahuantinsuyo durante el Incaico.

Comba (El). Apodo del general Mariano Melgarejo, presidente de Bolivia de 1864 a 1871. Origen del a.: Su conformación craneana.

Candelero (El). En el habla popular se



José Torres

traduce como el hijo de cura. Apodo del teniente coronel Gualberto Villarroel, presidente entre 1943 y 1946. Origen del a.: Su ascendencia paterna. Gobernante a quien la oligarquía boliviana hizo blanco de sus odios.

Capita (El). Apodo del general Narciso Campero, presidente entre 1880 y 1884. Origen del a.: Usaba una corta capa esclavina sobre los hombros.

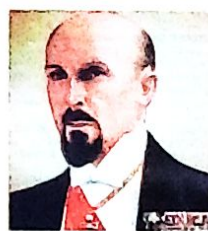
Charquencho (El). Aymara. Trompo de bailar áspero. Apodo del general Alfredo Ovando Candia. Se desconoce el origen del a.

Chancaeco (El). Apodo del general José Miguel de Velasco, tres veces presidente de Bolivia. Se desconoce el origen del a.

Ch'amuñero (El). Aymara. El dulcero o vendedor de dulces. Apodo del General Jun José Torres, presidente entre 1970 a 1971. Origen del a.: Pertenecía a una familia pobre, por cuya razón tuvo que trabajar en su infancia de vendedor ambulante de dulces en los cines de la ciudad de Cochabamba. Dicen que contaba orgulloso este pasaje de su vida y que sus opositores le enrostraban por disminuirle.

Chivo (El). Apodo del señor Mamerto Urriolagoitia, presidente entre 1948 y 1951. Origen del a.: La barbilla puntiaguda que lucía su rostro.

Chocholín. Apodo del general Hilarión Daza, presidente de Bolivia entre 1876 y 1879. Origen del a.: El apellido Grosolín de su padre adoptante.



Mamerto Urriolagoitia

Cholo (El). Apodo del doctor Bautista Suavedra, presidente entre 1921 y 1925. Origen del a.: Su gobierno se caracterizó por recibir el apoyo de estratos populares y grupos artesanales del país.

Choqo (El). Apodo del doctor José María Linares, presidente y después dictador de Bolivia. Gobernó desde el 8 de septiembre de 1857 hasta el 14 de enero de 1861. Origen del a.: La forma ovoidal de su cráneo.

Choricero (El). Apodo del doctor Her-



Narciso Campero

nando Siles Reyes, presidente constitucional entre 1926 y 1930. Origen del a.: Ser oriundo de Sucre, lugar donde se fabrican los famosos embutidos de exquisito sabor, y a cuyos habitantes se les da ese mote.

Chorizo (El). Apodo de don Severo Fernández Alonso, presidente constitucional entre 1896 y 1899. Origen del a.: El lugar de su nacimiento, la ciudad de Sucre, cuyos culinarios son expertos en preparar esta vianda criolla.

Continuará

Antonio Paredes Candia. (La Paz, 1924-2004). Escritor, docente, investigador tradicionalista y editor. Hijo del historiador Rigoberto Paredes. El museo que lleva su nombre en La Paz conserva su biblioteca con más de diez mil libros y su colección de arte entre pinturas y esculturas además de sus restos mortales.

Con referencia a su producción bibliográfica que supera el centenar de obras, Paredes Candia, en entrevista con Ramiro Calasich, afirmaba que tenía "dos formas de trabajo: el trabajo de investigación y el de escribir novelines. El trabajo de investigación lo realizo lentamente, con decir que mi libro 'La Chola Boliviana' ha durado más de veinte años. Voy reuniendo el material publicado sobre el tema hasta que es más o menos aceptable; luego analizo y organizo fichaje. Si veo lagunas, dejo el material para el siguiente año. Después empieza mi propia investigación hasta obtener todo lo que me he propuesto. Mis trabajos son de primera mano, recogidos in situ, directamente del pueblo. Tengo la suerte de 'chamusear' un poco el aymara y el quechua, así que consigo la información en el propio idioma. Los novelines reflejan los problemas que copio a través de mis viajes y de mi contacto directo con el pueblo. Los datos se van acumulando; el tema está en mi cabeza durante mucho tiempo, dando vueltas y vueltas hasta que llega el momento en que se atasca en mi garganta y entonces tengo que escribir, sino me ahogo. Todos mis trabajos tienen el mismo sentido: denunciar, mostrar la realidad en que vive el pueblo boliviano". El material que aparecerá en 3 partes, forma parte de su ensayo monográfico "El apodo en Bolivia" - I parte, Apodos individuales (1977).